

Violencia y Procesos de Subjetivacion. Adolescencia y Sacrificio*

Carlos Kachinovsky**

Las jornadas en las que esta exposición se presentó fueron convocadas a partir de tres términos: adolescencia, sociedad y violencia. El presente trabajo es en sí mismo un intento de articular estos tres términos. Un acierto ha sido salir del dos: adolescencia y violencia, que muy rápidamente se visualizan como consustanciales. Hablar de violencia social, es dejar claro que la violencia no es asunto exclusivo de adolescentes, a la vez que invita a analizar las relaciones entre la violencia social, la del marco histórico cultural y aquella de la escena pubertaria vinculada a los procesos de resignificación propios del adolescente. Se ha señalado, con relación a diferentes hechos protagonizados por adolescentes el carácter sacrificial de los mismos y es este aspecto el que voy a tomar para reflexionar.

Pablo Plotkin, editor de la revista argentina *Rolling Stones*, en un serio análisis de la tragedia de Cromagnon plantea que habría “Un Rock que convierte en estandarte la estética del sacrificio,... y la acumulación de elementos de riesgo, para hacer más apasionante y profunda la experiencia”. Agrega más adelante: “... la estética del sacrificio, en efecto, termino de imponerse en los últimos diez años: la pasión asociada al sorteo de fuerzas adversas. Ese: “señores, dejo todo” del hincha futbolero aplicado a la experiencia del rock”.

* La siguiente es una versión revisada de la ponencia oral leída en las Jornadas de Violencia Social y Adolescencia.

** Miembro Asociado de APU. Hídalgos 491 Tel. 710 6019 E-mail: kachi@adinet.com.uy

Es también el público joven, de los 90, de los *Redondos* por ejemplo, formado en el achique del Estado y la multiplicación del desempleo, el que configuró esa matriz estética. Un ejemplo de esto son los éxodos al Interior para escuchar a ese grupo, donde miles de jóvenes “viajaban con unas pocas monedas, pasaban la noche a la intemperie, comían poco, transformaban la rutina de los pueblos y dejaban el alma en los rituales del escenario” (Rolling Stones, Febrero, 2005).

En este trabajo planteo como hipótesis, que muchos hechos violentos que sacuden nuestra sociedad tienen un componente sacrificial. La violencia desatada en los campos de fútbol de nuestro medio, la violencia en el marco de “la fiesta” (bailes, discotecas, cumpleaños) donde hay que ubicar los hechos ocurridos en el año 2005 del Parque Posadas, del Complejo Habitacional Euskal Erria, y también otras más privadas, que en ocasiones llegan a los consultorios: peleas entre adolescentes que terminan con lesiones graves y a veces encarcelamiento.

Caida de relatos.

Diferentes autores han planteado como problemas de nuestra época el empobrecimiento del relato, de la capacidad narrativa y su impacto en la construcción de subjetividad.

El sacrificio, los mitos sacrificiales, tienen un lugar central dentro del conjunto de relatos y han sido una constante en la historia de los grupos humanos.

Para Doufour, el sacrificio, se encuentra en el fundamento del lazo social y de la simbolización, de lo que se trata es, de cómo los grupos humanos dan lugar a la muerte, cómo pueden simbolizarla. Dice: “para que dos estén juntos hace falta que un tercero haya tomado la muerte sobre sí. Por las buenas o por las malas, realmente, imaginariamente o simbólicamente”. El relato, organizado en forma de mitos estructura los lazos sociales y los ideales de cada individuo, posibilitando preservar al grupo de la destrucción y gestionando la alianza y la cohesión interna.

Rosolato realiza un análisis de los mitos sacrificiales de las tres religiones monoteístas más extendidas en nuestra civilización -judaísmo, cristianismo e islamismo- que sostuvieron y en algunas zonas aun sostiene las culturas. Retoma el postulado freudiano de *Tótem y Tabú* para entender, que en el relato de la muerte de un hijo, presente en los tres mitos sacrificiales, se trata del problema de la muerte del padre. Muerte del “padre idealizado, feroz, tiránico y celoso, cuya destructividad revela una omnipotencia por la cual es admirado y temido... Que se convertirá al morir, en un padre justo y bueno que protege y reconforta, vela por sus hijos, los fieles”.

A través del sacrificio, en su carácter de mito, se realizan funciones imprescindibles para fundar lo colectivo, el lazo social. Trabajo de cohesión grupal, a través de la transmisión de la memoria colectiva, que neutraliza o regula la violencia en el interior del grupo, a la vez que trabaja la culpabilidad.

Tanto Rosolato como Doufour apuntan a las funciones del mito sacrificial, de su presencia más o menos fuerte, en las sociedades a través de las ritualizaciones, conmemoraciones, marcas en el cuerpo. No se elimina la violencia social, se la regula. No desaparece la culpa, pero es canalizada a través de los rituales. Trabajo para regular o pacificar las pulsiones a partir de la transmisión de los ideales.

Cuánto del sacrificio ritualizado es vehiculizado por la religión u otro tipo de relato y se mantiene y cuánto se ha perdido, es algo a debatir. Pero podemos intentar observar cuales son las nuevas figuras sacrificiales presentes en la sociedad en general, y en la vida adolescente en particular, que surgen ante la caída de los referentes culturales.

El sacrificio pedido.

En la actualidad, los efectos de ciertas derivas del progreso científico-tecnológico sobre las relaciones de producción, han determinado que grandes sectores de la sociedad no tengan lugar.

En el espacio que ayer nomás los convocaba como necesarios (trabajadores con escasa o ninguna especialización) podemos ver hoy implícito el mensaje “no te necesitamos”.

Alguna instancia le indica a un grupo que debe desaparecer, que se debe sacrificar para el bienestar del resto, o al menos para la supervivencia del resto. Sacrificio jurídico, político, económico...

Para que esto funcione sin conflicto, sin violencia social, debería haber enormes grupos de la población, que tendrían que aceptar ser sacrificados. No es este el ritual integrado a un relato que podría funcionar simbólicamente, ya que pide lo que no es sacrificable. Si antes había que sacrificarse para llegar a **tener**, a través del trabajo o del estudio, ahora para vastos grupos de la sociedad, de una manera muda, por omisión, por indiferencia, se le “dice”: se tienen que sacrificar por entero, en el **ser**. Es un cuestionamiento directo a las posibilidades identitarias y no es difícil comprender que sea por lo tanto disparador de respuestas violentas.

Cada ser humano necesita para ser, en un gesto de narcisización, como mínimo, que se le responda de una manera afirmativa a la pregunta: ¿quieren que viva? Y lo mismo vale para grupos sociales enteros.

Se trata de una pregunta por el amor del Otro, que determina conductas en el nivel familiar y también en el social.

Feos, sucios y malos.

Brutti, Sporchi e Cattivi. ¿Cómo hizo Ettore Scola para mostrar genialmente la vida de los “apartados” de la sociedad opulenta italiana de los años 80 y que se parezca tanto a nuestros “apartados”? ¿No es acaso una prueba de que problemas como el de la violencia social, no son posibles de ser pensados actualmente a partir de elementos exclusivamente locales? Parece necesario aceptar la confluencia de factores culturales globales junto con otros más acotados a cada situación concreta.

El film comienza con una larga toma que muestra el hacinamiento en el que duerme el grupo humano. Termina mostrando el mismo hacinamiento pero duplicado ya que otra familia se ha fusionado en el mismo espacio que parecía ya totalmente lleno. Digo familias, y esto sólo daría para mucho... pero me refiero al ideal sostenido por ellos mismos. Cuando el personaje central, Giacinto -interpretado por N. Manfredi- agrega otra mujer a la horda, la esposa exclama; ¡qué familia! Y digo también horda, por que Giacinto representa el papel del jefe de la horda primitiva, poseedor de todos los goces, sin ley, en el momento en que su lugar corre peligro, ya que lo intentarán matar. El cuadro tiene casi todos los ingredientes de la marginación, y aclaro que no se trata de que todos los que se encuentran en condiciones de extrema pobreza presenten estas condiciones subjetivas. Está la prostitución, el travestismo prostituído, la violación, la delincuencia, el embarazo adolescente, la violencia en todas sus formas... Giacinto tiene un millón (de Liras) ¡qué signifiante!, que ha obtenido por quemarse un ojo con cal, el cual parece haber sacrificado para cobrar la indemnización. Como un medio Edipo, como un Edipo sin terminar, se ha cegado a medias para acceder al consumo o a sus engañosas imágenes de la felicidad: el auto, los electrodomésticos, la buena y abundante comida y bebida. Más que amor filial, hay un goce obsceno de todos los demás, de su prole. Él es el que **tiene**, y su vida transcurre entre el placer de **ser**, y lo persecutorio del temor a ser robado. Y los otros se lo quieren sacar. Finalmente el intento de parricidio en esa escena memorable de la comida familiar aderezada con veneno para ratas. Pero la muerte del padre de la horda no va a suceder, Giacinto se salva.

Scola, al salvar a Giacinto, al padre de la horda, odiado pero también idealizado -ya que de alguna manera es el “familiar”-, nos indica las dificultades, en estas situaciones de exclusión, del pasaje a la culpa y a las identificaciones, al ideal del yo. No hay acceso al padre muerto, fallan las identificaciones, debilitando las posibilidades de simbolización, permaneciendo

en lazos sociales marcados por la fuerza, por el acto.

A lo lejos de ese “asentamiento” se ve la ciudad moderna, del trabajo y la opulencia. En la ciudad moderna circulan, mal o bien, ciertos relatos consensuados, pero esa ciudad no quedará ajena a los cambios que se manifiestan en los bordes.

Si la sustitución de la sensibilidad bárbara por la civilizada -con sus diferentes formas de sentir la muerte, la sexualidad, la violencia- se hacía necesaria para incorporar a los sujetos a la modernidad, ahora cuando grandes sectores de la sociedad, y hasta poblaciones enteras, son declaradas fuera de la modernidad, cabe preguntarse qué función cumplen esas sensibilidades “civilizadas”, que también podemos pensar como constituyentes del ideal del yo y superyo. ¿Cómo se estructura el psiquismo en el marco de estos nuevos agrupamientos que constituyen espacios sociales de cierta autonomía jurídico-política, con sus propias leyes, sus propios circuitos económico-comerciales, sus propios aparatos de reproducción ideológica?

Cabría preguntarse acá también, acerca de las perspectivas que pueden tener las socialidades fraternas, de pares, para organizar comunidades, para generar nuevas legalidades. Pensemos a los niños más chicos en la película *Ciudad de Dios*.

La violencia contra sí mismo.

Un primer efecto visible en los grupos humanos llamados al sacrificio es la violencia contra sí mismos.

Ya F. Fanon en sus escritos sobre colonialismo nos muestra como esa oferta de un lugar subjetivo inexistente, o de un no-lugar -bastante diferente a los no-lugares de M Augè, de los aeropuertos, etc.- provoca una violencia que en primer lugar es una violencia contra sí mismo. En su libro “Los condenados de la tierra” nos muestra al colonizado como un ser acorralado. Lo primero que aprende nos dice, es a mantenerse en su lugar, a no pasarse de los límites. “Por eso sus sueños son sueños musculares, sueños de acción, sueños agresivos. Sueño que salto,

que nado, que corro, que brinco. Sueño que río a carcajadas, que atravieso el río de un salto, que me persiguen muchos autos que no me alcanzan jamás”. Ahí, dice Fanon, no deja de liberarse. “Esa agresividad sedimentada en sus músculos, va a manifestarla el colonizado primero contra los suyos. Es el período en que los negros se pelean entre sí y los policías, los jueces de instrucción no saben que hacer frente a la sorprendente criminalidad norafricana”.

La violencia contra sí mismo se expresa especialmente a nivel intrafamiliar e intrabarrial con secuelas traumáticas en la estructuración del psiquismo, que mantiene un funcionamiento a partir de defensas primitivas.

Función de lo sacrificial.

¿Cómo construir lazos sociales entonces en situaciones de exclusión?

Los bandidos, son aquellos a-abandonados, es Giorgio Agamben que nos señala la raíz común de ambos términos, y como los rituales de exclusión del a-bandito, representan la caída de toda legalidad, la expulsión del mundo regido por la ley, “abandonado por la Ley”.

Las “bandas”, que tiene la misma raíz, son intentos de reconstruir, o construir, lazos sociales, lugares de subjetivación. Y no hay que olvidar que a veces se convierten en “banderas” o sea estandartes desde donde ser alguien.

Creo que algo de esto lo podemos observar en los pequeños grupos que están más o menos en oposición o desafío al orden jurídico, a la ley. Hay líderes y hay fieles, que intentan reconstruir o armar algo del orden de un Otro que los ame y los reconozca.

En ocasiones, ese otro puede ser un *Dios oscuro* (Lacan), al que entregarse para hacer la alianza. Ya lo habíamos señalado en relación con lo satánico en el Rock, pero también lo encontramos a nivel de las bandas de adolescentes con distinto nivel de desafío y transgresión del orden jurídico.

Ese sacrificarse, se ha llamado también “el aguante” y refiere a una relación de entrega total para con el grupo, para con el líder y sus ideales. El líder oficia de amo que focaliza los ideales y puede permitir pasar por encima del contrato social, de la legalidad.¹

Estos procesos se dan desde muy temprano en la vida de una persona en situación de marginalidad. A título de ejemplo, una educadora relata que trabajando con un niño infractor pequeño, lo sienta en su falda y le dice “como una mamá”: “qué niño tan lindo, tan bueno”. A lo que el niño contesta preguntando: “¿yo soy un niño?”. Y agrega: “pero soy malo”. ¿Habría allí un acto sacrificial, una entrega del ser “niño”, precio a pagar para constituirse como sujeto, cuando esto se le niega?

Lo traumático, vivido por los niños en condiciones de marginalidad, puede tomar, como nos muestra Rousillon, el camino masoquista como forma de manejar de alguna manera ese “mal” que irrumpe tempranamente. Estar mal, ser el mal.

Desde otro punto de vista, lo sacrificial pasaría por la delimitación de un adentro y un afuera del grupo, límite que define donde se desarrolla la violencia y a quien se protege. Esto lo pudimos observar trabajando en un liceo de la capital, donde el establecimiento de un nosotros y un ellos, se encontraba siempre en las situaciones de violencia. Luego de designar a la víctima emisaria, (conchetos, planchas, etc.) se demandaba el ejercicio de la violencia entrando, en todas las circunstancias, los resortes de las relaciones paranoicas.

Lo más difícil de aceptar es que estas actitudes sacrificiales, de más o menos violencia, contengan un intento autofundador, aunque repetitivo y quizás fallido. En este sentido nos encontramos con Winnicott, cuando señala que lo antisocial contiene una esperanza, y un llamado.

1. *Creo que desde aquí se pueden leer muchas situaciones, como las del batallón 101, de la que nos habla Marcelo Viñar, que también se reproduce en pequeñas situaciones de violencia cotidiana.*

Lo adolescente.

A partir de la pubertad y la irrupción de la escena puberal el ayer niño se enfrenta a la tarea de resignificación de las estructuras infantiles.

Green habla de segunda latencia, para referirse al tiempo entre estos cambios puberales y la elaboración adolescente en el marco de las variables “somato–culturales”.

Este tiempo de resignificación, donde la importancia del referente para la simbolización, que ha sido trabajado en nuestro medio por Myrta Casas de Pereda, actualiza la pregunta acerca del contrato narcisista (Piera Aulagnier). Nos referimos a la pregunta acerca del amor del Otro, del lugar que se le tiene o no preparado a alguien.

Es por estos motivos, creo, que la pobreza en si misma no es la variable decisiva en lo que hace a las dificultades de subjetivación.

La pregunta, luego de la pubertad, se actualiza de una manera diferente, con urgencia y fuerza, a través de un flujo discursivo donde palabra y acto se alternan velozmente.

Todo el trabajo psíquico que tiene que hacer el adolescente (interrogación sobre identidad sexual, desinvertimiento de los objetos parentales, adquisición de una identidad a través del juego de identificaciones, reorganización narcisística, asentamiento de los límites internos y externos, rearmado de las exigencias del superyo y del ideal del yo, los duelos, la asunción de una nueva temporalidad) (Baranes) va a interrogar al registro cultural de la sociedad, que debe aportar la fuerza de los ideales, que permitirá al adolescente ubicarse en una genealogía.

Si hay, como se alerta, una escasez de estos ideales, o confusión, debemos saber que el adolescente presentará algo así como un “horror al vacío” de ideales, y que se apurará en encontrar como llenarlo, con lo que se le ofrezca. Y tal vez esté hasta dispuesto a ofrecerse, como víctima si es necesario, para sellar algún tipo de alianza. Esto también es, por otro lado, lo que abre a posibilidades de intervención.

Conceptos como el de *confrontación en la adolescencia* conservan total vigencia, siempre y cuando los contextualicemos y tengamos en cuenta las condiciones previas a la posibilidad de confrontar. Tiene que haberse establecido, de alguna manera, una estructura ternaria. De lo contrario lo que habrá que hacer en primer lugar, será contener más que confrontar. Contención que puede, en ocasiones, demandar la fuerza del Estado.

La sensibilidad atacada.

Bataille, pensando en el sacrificio, dice que si bien hace posible un mundo sosegado y razonable, en su principio es un estremecimiento que no se impone a la inteligencia, sino a la sensibilidad: “tal como lo hace la violencia misma”.

Desde la óptica que vengo desarrollando, creo que lo que ocasiona que la violencia sea un tema de actualidad es que ciertas sensibilidades que hasta hace poco eran consensuales y uniformes en nuestra sociedad, hoy se encuentran fragmentadas.

En nuestro medio el historiador J. P. Barran ha utilizado el concepto de sensibilidad al que ha definido como la “facultad de sentir, de percibir placer y dolor, que cada cultura tiene y con relación a que la tiene... una historia de las emociones...”.

Otros autores como Zizek, hablan de las necesidades de los sistemas de poder de “configuraciones emocionales específicas”.

Lo que golpea y sacude, generando alarma social, son las fracturas de sensibilidades uniformizadas.

Recordamos aquí el episodio ocurrido en 2005, en el local del *Interbailable*, en el que un joven entra al baile, le pega un tiro a otro, varios intervienen y son también baleados. Como resultado cinco heridos y un muerto cuyo cadáver es desplazado en el salón y sigue el baile.

Lo que se cuestiona en muchos ámbitos es el cambio de sensibilidad. ¿Cómo siguieron bailando luego que mataran a una persona e hirieran a cinco más? Esa pregunta va dirigida al

colectivo. ¿Pero acaso no está en armonía con el sacrificio de la percepción de la exclusión y sus consecuencias a la que nos obligamos todos los días para poder vivir?

Resumen

Violencia y Procesos de Subjetivacion.

Adolescencia y Sacrificio.

Carlos Kachinovsky

El presente trabajo es un intento de articular los temas de adolescencia, sociedad y violencia con una posible función del sacrificio. Hablar de violencia social, es dejar claro que la violencia no es asunto exclusivo de adolescentes, a la vez que una invitación a analizar las relaciones entre la violencia social, el marco histórico cultural y aquella de la escena pubertaria vinculada a los procesos de resignificación propios del adolescente. Se señala, con relación a diferentes hechos protagonizados por adolescentes, el carácter sacrificial de los mismos y es este aspecto el que se toma para reflexionar.

Summary

Carlos Kachinovsky

This speech attempts to articulate topics such as adolescence, society and violence with a possible role of sacrifice. When we talk about social violence it is clear that the term violence does not involve exclusively adolescents, it is also an invitation to analyze the links among social violence and its historical and cultural frame, with the violence that takes place in the puberty scene, related to the re-signifying processes characteristic of the adolescence. Some of the actions carried out by adolescents are pointed out as having a sacrificial nature and it is this fact that is taken into consideration.